

27ª REUNION—CONTINUACION DE LA 10ª SESION ORDINARIA.—JULIO 7 DE 1905

PRESIDENCIA DEL SEÑOR ANGEL SASTRE

PRIMERA PARTE DE LA SESIÓN

Presentes á la sesión en minoría: Acuña, Barraquero, Campos, Carbó, Castro, Cernadas, Coronado, Crouzeilles, Dominguez, Gigena, Gouchón, Grandoli, Guevara, Hernandez, Iturbe, Lacasa, Lamas, Latorre, Ledesma, Leguizamón, Lucero, Machado, Martínez (J.), Martínez (J. E.), Moyano, Mujica, Olmos, Peluffo, Pinedo (F.), Pinedo (M. A.), Ponce, Roca, Rodas, Romero, Seguí, Urquiza, Varela, Varela Ortiz, Vedia, Victorica, Vieyra Latorre, Vocos Giménez, Yofre, Zavalla.

SEGUNDA PARTE DE LA SESIÓN

Diputados presentes: Acuña, Alvarez (A.), Alvarez (J. M.), Amenedo, Argañarás, Balestra, del Barco, Barraquero, Barraza, Berrondo, Bustamante, Campos, Carbó, Carreño, Castro, Cernadas, Contte, Cordero, Coronado, Correa, Crouzeilles, Delcasse, Demaria, Domínguez, Elordi, Ferrari, Figueroa, Fonrouge, García Vieyra, Gigena, Gouchón, Grandoli, Guevara, Gutiérrez, Hernández, Iriondo, Iturbe, Lamas, Lagos, Latorre, Ledesma, Leguizamón, Lucero, Luro, Machado, Martínez (J.), Martínez (J. A.), Martínez (J. E.), Martínez Rufino, Méndez, Moyano, Mugica, Naón, O'Farrell, Olmos, Padilla, Palacios, Parera, Parera Denis, Peluffo, Pinedo (F.), Pinedo (M. A.), Ponce, Robirosa, Roca, Rodas, Roldán, Romero, Seguí, de la Serna, Silva, Silvilat Fernández, Urquiza, Varela, Varela Ortiz, Vedia, Victorica, Vieyra Latorre, Vocos Giménez, Yofre, Zavalla.—**Ausentes con licencia:** Paz.—**Con aviso:** Argerich, Astrada, Dantas, Garzón, Mohando, Ovejero, Pera, Villanueva.—**Sin aviso:** Aldao, Astudillo, Bejarano, Cantón, Carlés, del Carril, Comaleras, Fleming, Fonseca, Galiano, García, González Bonorino, Irigoyen, Laferrère, Lezica, Luna, Luque, Monsalve, Padilla, de la Restra, Rivas, Uriburu (F.), Uriburu (P.).

SUMARIO

- 1.—Sesión en minoría.
- 2.—Mensaje del poder ejecutivo y proyecto de ley acordado fondos para **seguros contra incendio del arsenal de guerra**.
- 3.—Mensaje del poder ejecutivo y proyecto de ley acordando fondos para **ensanche de la universidad de Córdoba** y adquisición de útiles de enseñanza.
- 4.—Peticiones particulares.
- 5.—Aclaración, por el señor diputado L. Leguizamón, respecto de un punto referente al debate sobre **conversión de la deuda interna**.
- 6.—Proyecto de ley, por el señor diputado R. Varela Ortiz, sobre **regularización del servicio de las deudas provinciales**.
- 7.—Se aprueba una moción para que la comisión de hacienda dé **preferencia** al estudio del proyecto relativo al servicio de las deudas provinciales.
- 8.—Apruébase una moción para comunicar al poder ejecutivo la sanción del proyec-

to referente á la conversión de la deuda interna.

- 9.—Proyecto de ley, por el señor diputado N. Barraza y otros, acordando **pensión** á la señora Eduarda Rosas de Vera.
- 10.—Continúa la consideración del despacho de la comisión de negocios constitucionales, en el proyecto de ley de **reforma de la ley de elecciones**.

—En Buenos Aires, á 7 de julio de 1905, siendo las 3 y 20 p. m. el señor presidente de la cámara ocupa la presidencia.

1

SESIÓN EN MINORÍA

—Después de algunos momentos de espera para formar *quorum*, dice el

Sr. Varela Ortiz—Ruego al señor presidente que haga informar por se-

un temperamento que les permitiera pagar.

Sr. Presidente—¿Hace moción el señor diputado?

Sr. Balestra—No la hago.

8

MOCIÓN

Sr. Varela (H.)—Pido la palabra.

La presidencia acaba de manifestar, según tengo entendido, que por error en la publicación oficial, se ha dado como levantada la sesión de ayer. Por otra parte, el señor secretario ha hecho constar en el acta que se ha pasado á cuarto intermedio. Como esta sesión me parece que ha de ser un poco larga y como el señor ministro de hacienda nos ha manifestado que hay urgencia en proceder á la realización de la ley de conversión, hago moción para que la cámara autorice á la presidencia á comunicar inmediatamente al poder ejecutivo la sanción de aquella ley.

---Asentimiento.

Sr. Presidente—Habiendo asentimiento por parte de la honorable cámara, así se hará.

9

PENSIÓN

SEÑORA EDUARDA R. DE VERA

PROYECTO DE LEY

El Senado y Cámara de diputados, etc.

Artículo 1.º Acuérdase la pensión mensual de 300 pesos moneda nacional, á la señora Eduarda de Rosas de Vera, viuda del juez federal de Santiago del Estero don Napoleón M. Vera.

Art. 2.º Mientras este gasto no se incluya en la ley general de presupuesto, se abonará de rentas generales y se imputará á la presente.

Art. 3.º Comuníquese al poder ejecutivo.

Julio 6 de 1905.

Antenor Alvarez—N. Barraza.—Ernesto E. Padilla.—M. Argañarás.—M. de Vedia.—Julio A. Roca, (hijo).—M. Sicilart Fernández.—Angel Machado.—P. S. Acuña.—Guillermo Correa.—M. Martínez.

Sr. Barraza—Señor presidente.

El proyecto de ley que presentamos á la consideración de la honorable cámara viene prestigiado por la larga foja de servicios del doctor Napoleón M. Vera, como lo comprueban los puestos públicos que ha ocupado por un lapso de tiempo no menor de veinte años, en la instrucción pública y en la magistratura nacional, falleciendo cuando desempeñaba, con aplauso de todos el alto puesto de juez federal de la provincia de Santiago del Estero.

Su deceso ha dejado en la orfandad á su viuda é hijos menores, porque dando el número de años de servicios del causante de esta pensión, aquellos no están comprendidos en las disposiciones de la ley de montepío civil.

Por estas razones presentamos este proyecto porque no es equitativo ni humano dejar en la más completa miseria á los hijos y esposa de un servidor de la nación, que dedicó, con inteligencia y laboriosidad, los mejores años de su vida al servicio público, contrayendo en el ejercicio de sus funciones la enfermedad que le ha causado la muerte.

Pedimos el apoyo de nuestros colegas para que este proyecto pase á comisión.

—Pasa el proyecto á la comisión de peticiones.

10

ORDEN DEL DIA

REFORMA DE LA LEY DE ELECCIONES

Sr. Presidente—Continúa con la palabra el señor diputado Mujica.

Sr. Mugica—Señor presidente: cuando en la sesión del miércoles la honorable cámara resolvió pasar á cuarto intermedio, me ocupaba de examinar algunas apreciaciones consignadas en el mensaje con que el poder ejecutivo ha procurado prestigiar la reforma que discutimos.

Voy ahora á reanudar mi exposición, reproduciendo algunos de los párrafos de aquel documento, ya que ha llegado hasta mí la insinuación ó la sospecha —que rechazo en absoluto, porque es incompatible con la lealtad de mis procedimientos—de que haya podido alterar ó torturar los conceptos formulados por el poder ejecutivo.

El señor presidente de la república y el señor ministro del interior, declaran en este documento, que «el pueblo tiene capacidad para hacer uso de sus derechos».

La verdad es, señor presidente, que esta declaración no tiene nada de extraordinario, hecha por hombres que gobiernan en un país republicano, en que la soberanía nacional no puede tener otra fuente que la voluntad popular.

Debemos sin embargo, aceptarla, y hasta si se quiere aplaudirla, porque revela un espíritu más liberal y justiciero que el que suelen manifestar otros gobiernos que acuden frecuentemente al recurso expeditivo de imputar sus propios desaciertos á la incapacidad popular.

Pero el poder ejecutivo afirma en seguida, y esto textualmente: «que el ejercicio del sufragio no prevalecerá en la república *mientras* (recalco la palabra) *mientras* no se formen partidos orgánicos».

Consecuencia, señor presidente: si el pueblo tiene capacidad para ejercitar sus derechos, y si la falta de partidos orgánicos ha obstaculizado, obstaculiza y obstaculizará el ejercicio del sufragio, evidentemente las elecciones no son eficaces ni libres.

Y para el caso de que pudiera haber alguna duda sobre el alcance de este concepto tan claro, el poder ejecutivo agrega, en seguida, también textualmente: «De este hecho (es decir de la formación futura de partidos orgánicos) *ha de derivar necesariamente* (recalco también la frase) *ha de derivar necesariamente*, la prescindencia de los gobernantes en las luchas electorales».

Consecuencia, señores diputados: si la prescindencia de las autoridades en las luchas electorales, ha de derivar necesariamente de un hecho futuro, es claro que esa prescindencia no existe en la actualidad.

Y bien, señor presidente: yo aplaudo esta franqueza del poder ejecutivo, porque ella revela sinceridad y altura de propósitos.

Pero deploro que no venga acompañada de un programa reaccionario, en el sentido benéfico y simpático de la palabra; es decir, en el sentido de remover todas las causas que han producido esos efectos; y lo deploro, porque tengo el convencimiento de que la simple regresión á la lista no solamente no ha de favorecer la realización de los pro-

pósitos y aspiraciones que persigue el señor presidente de la república, sino que ha de retardarlos indefinidamente, porque hará difícil, si no imposible, el funcionamiento regular de comicios libres, la existencia de partidos orgánicos y la prescindencia de las autoridades en las luchas electorales. Voy á tratar de demostrarlo.

Para ello necesito detenerme un momento en algunas consideraciones elementales, muy elementales por cierto, pero que parecen haber sido olvidadas por el poder ejecutivo y por la mayoría de la comisión.

El sistema del escrutinio de lista dentro del régimen de la simple pluralidad de sufragios, es el más violento y el más odioso de los sistemas electorales. Consagrando el predominio exclusivo de las mayorías relativas en las circunscripciones en que se eligen á veces diez ó quince diputados al mismo tiempo, no solamente excluye de toda representación á agrupaciones y fuerzas importantes de opinión, sino que puede producir fácilmente como resultado el predominio absoluto de una minoría insignificante. Ya es por si solo violento y odioso el hecho tantas veces repetido de que 10.000 electores, por ejemplo, puedan excluir en absoluto á 9.999; pero es todavía mucho más violento y mucho más odioso, que esos mismos 10.000 electores puedan excluir en la misma forma á 19.998. Y sin embargo, el hecho es práctica y teóricamente posible. Basta para demostrarlo suponer la existencia de tres partidos que concurren á un acto electoral con fuerzas casi equilibradas, y es claro que cuanto mayor sea el número de los partidos que concurren al comicio, mayor será el absurdo que acompañe á sus resultados definitivos.

El señor miembro informante, teniendo en cuenta sin duda estos inconvenientes de la lista, señalaba en contraposición una de las ventajas que ese sistema presenta en su concepto. La lista, nos decía, favorece la política del acuerdo que tantos beneficios ha producido en el país.

Pero, señor presidente; admitiendo que el acuerdo haya producido todos los beneficios que se quieran puede admitirse que este es un ideal político para cuya realización debemos agotar todos los recursos constitucionales y legales? No, señor; hay en la apreciación de este asunto un profundo error de concepto.

El acuerdo, según lo han reconocido sus propios inventores en esta tierra, según lo ha reconocido Avellaneda, Mitre, Roca y Pellegrini, no es un sistema político de carácter permanente: es un medio, ó mejor, un remedio artificial que sólo puede y sólo debe aplicarse en aquellas circunstancias en que se producen los accidentes agudos de las enfermedades crónicas que origina el escrutinio de lista. Y entonces, ¿qué necesidad y qué empeño hemos de tener en seguir aplicando ese remedio artificial cuando poseemos en nuestra mano los elementos necesarios para suprimir la causa de la enfermedad? El señor miembro informante de la comisión, que es un médico y por cierto un médico muy distinguido y muy experto, se coloca sin embargo en este asunto en un terreno poco científico. Se empeña á todo trance en que sigamos aplicando á nuestros males los recursos, diré así, de una terapéutica genuinamente criolla por más que el señor diputado Gouchon quiso llevar su origen en cierta ocasión á la época de Aristóteles (*Risas*); recursos terapéuticos, señor presidente, que son como esos medicamentos que tienen la virtud de curar ciertas enfermedades específicas, pero que atacan el estómago ó debilitan el organismo. Porque si puede admitirse que esa política del acuerdo produce ó puede producir grandes beneficios, nadie desconocerá que ejerce también una acción depresiva sobre el espíritu público, porque suprime las saludables contiendas electorales que tonifican y vigorizan los movimientos del organismo político del estado. (*Muy bien!*)

Yo, en cambio, no quiero que sigamos aplicando esos recursos artificiales. Más de acuerdo con las tendencias de la medicina moderna, busco la profilaxia y la higiene institucional, que no curan, pero previenen y evitan las enfermedades. (*Muy bien!*)

Bien sé, señor presidente, que el escrutinio uninominal no suprime en absoluto los inconvenientes que presenta el escrutinio de lista, puesto que conserva el régimen de la simple pluralidad de sufragios. Por eso y por otras razones yo no soy partidario del sistema del escrutinio uninominal; pero no desconozco, porque no puede desconocerse, que si no suprime todos esos inconvenientes, los reduce, los hace menos absolutos, y sobre todo los hace menos generales; porque si puede su-

ponerse que un partido tenga mayoría relativa en todas las circunscripciones grandes que eligen muchos diputados y que forman las provincias entre nosotros, no puede suponerse tan fácilmente que ese partido tenga también mayoría relativa en todas las pequeñas circunscripciones que sólo eligen un diputado; y es esa la razón porque el escrutinio uninominal figura en los tratados de derecho electoral como una de las fórmulas propuestas para resolver el problema que entraña la necesidad de dar representación á las minorías.

Pero el poder ejecutivo en el mensaje á que me he referido reiteradamente, consigna una frase sobre la cual necesito también detenerme un momento: «Las leyes políticas,—dice,—deben ser más experimentales que científicas».

Supongo que el poder ejecutivo ha querido decir en esta forma que la bondad ó conveniencia de las leyes políticas debe resultar de la experimentación, y que por consiguiente serán las mejores aquellas que en la práctica den resultados más benéficos.

Participo ampliamente de este mismo concepto; pero me parece, señor, que se encontraría en graves apuros el hombre que razonando sin apartarse de las leyes inflexibles de la lógica, quisiera encontrar la armonía que existe entre este concepto y la reforma que propone el poder ejecutivo, puesto que esta reforma tiene sencillamente por objeto restablecer un sistema fracasado en la práctica y derogar otro sistema que no ha sido experimentado, por lo menos con la reiteración suficiente para formar sobre él un juicio definitivo.

Entonces, pues, señor presidente, con semejante programa, no puede invocarse el criterio experimental. Y cuando hablo de sistema fracasado en la práctica, es porque tengo el convencimiento de que con un criterio absolutamente experimental puede demostrarse que entre nosotros el escrutinio de lista, como decía hace un momento, es contrario á la libertad de sufragio, contrario á la formación de partidos orgánicos y contrario á la prescindencia de las autoridades en los actos electorales.

En efecto: no se puede desconocer sincera y honradamente que nuestras autoridades nacionales y provinciales,—hablo en general y no me refiero ni á época ni á gobiernos determinados—han manifestado siempre una tendencia irresistible á inmiscuirse en las cuestiones elec-

torales, tendencia tanto más arraigada cuanto que la opinión general extravía da ó anestesiada por la costumbre, no presta mayores cuidados ni experimenta mayores alarmas ante estas tristes desviaciones de las prácticas republicanas.

Y bien; el escrutinio de lista favorece, estimula esas tendencias, porque impone á los partidos oficiales y opositores aquella guerra á muerte, de que con tanta verdad y tanta elocuencia hablara el diputado Balestra en un debate análogo al actual; porque les impone fatal y necesariamente el triunfo completo ó la derrota completa; y ante este dilema, que no admite término medio, es natural, es humano, es casi inevitable que los gobiernos poco escrupulosos en materia constitucional agoten todos los recursos á su alcance, incluso los del fraude y la violencia, para conservar su predominio. Y lo que digo de los gobiernos lo digo también de los partidos, que con poca ó ninguna austeridad, antes que resignarse á una derrota completa, que los excluya en absoluto de toda participación en el gobierno, han de pasar por encima de la ley, por encima de la constitución, por encima de todas las consideraciones, que hacen de la paz y del orden público una condición indispensable para el progreso del país, y han de agotar, á su vez, todos los recursos de la superchería, del fraude y de la violencia. *(¡Muy bien!)*

No puede decirse, entonces, que el escrutinio de lista sea favorable á la libertad del sufragio ni á la prescindencia de las autoridades; y me parece que con un criterio exclusivamente experimental y honrado, podemos demostrar que estas conclusiones están también corroboradas por la práctica.

¿Será entonces más favorable este sistema para la formación de partidos orgánicos?

Nó, señor presidente. También en este punto se incurre en un grave error de concepto, en una grave equivocación.

La lista puede, en ciertos momentos, favorecer las grandes aglomeraciones, las grandes masas de elementos electorales; pero no para formar partidos con caracteres orgánicos, sino con propósitos exclusivamente accidentales y electorales; pero esas agrupaciones, esas grandes masas de elementos, han de disolverse, han de desaparecer al día siguiente del acto electoral.

Si aplicamos también en este punto

un criterio exclusivamente experimental, veremos que nuestra propia historia confirma las conclusiones que acabo de señalar, porque, en el orden nacional y en el provincial, la mayor parte de las agrupaciones políticas han desaparecido al día siguiente del acto electoral, y las que se han mantenido han sido sólo por una de estas dos circunstancias: ó porque han adoptado una organización revolucionaria, fundando sus últimas esperanzas en el empleo de la fuerza, ó porque han podido subsistir al amparo de un gran prestigio personal; pero estoy seguro que esos partidos orgánicos, cuya formación patrióticamente desea el señor presidente de la República, no son ni pueden ser los partidos revolucionarios ni los partidos personales.

Y en este punto conviene señalar un hecho, que es también único ó casi único en la historia contemporánea de los pueblos civilizados: la República Argentina, desde los primeros días de su organización constitucional, ha estado gobernada por un solo partido, pudiendo señalarse como una excepción aquel interregno representado por la presidencia del señor general Mitre; pero esa misma presidencia no tuvo su origen en el juego regular y pacífico de los partidos; tuvo su causa más ó menos inmediata en aquel episodio, en aquella batalla, que todavía no ha sido definitivamente juzgada, ni en su aspecto militar, ni en su significado político, y en la cual el ilustre general del ejército de Buenos Aires, culminaba en su figuración histórica, mientras que el otro general, el vencedor de Caseros, el fundador de nuestro régimen constitucional, que marchaba ya hacia el ocaso de su brillante trayectoria política, se retiraba del campo lentamente, sin desplegar sus viejas y probadas aptitudes militares, meditando tal vez en que aquella retirada aseguraba el cumplimiento de las más nobles aspiraciones de su vida: la paz interior y la unidad definitiva de la república. *(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en la barra.)*

Llego, señor presidente, al argumento constitucional; pero no se alarme la honorable cámara, por que no me voy á detener en él: es esta una faz de la cuestión que ha sido ya ampliamente debatida, y por otra parte, se sientan en esta cámara algunos señores diputados que deben tener mucho interés en defender por sí mismos la constitucio-

Julio 7 de 1905

CÁMARA DE DIPUTADOS

10.ª sesión ordinaria

nalidad de su cargo. Debo, por lo tanto, dejarles el campo libre.

Un señor diputado—Todos.

Sr. Mugica—Ya veremos, señor diputado.

Pero séame permitido manifestar la admiración que me produce la firmeza de convicciones del señor miembro informante de la comisión, que al reiterar uno de los argumentos que ya se había hecho contra la constitucionalidad de la lista, ha soportado, realmente con verdadero valor moral, las consecuencias de su actitud. Yo, en su caso, me hubiera sentido incómodo y molesto, pues al argumentar contra la constitucionalidad del distrito, me hubiera parecido estar repitiendo con verdadero ensañamiento: tenemos un presidente inconstitucional, tenemos una cámara inconstitucional y estamos discutiendo con un ministro inconstitucional. *(Risas)*

Un señor diputado—Habría que demostrarlo.

Sr. Mugica—Sí, lo vamos a demostrar. Estas no son simples afirmaciones. Yo no acostumbro sentarlas como tales. Establezco ciertos puntos de partida, y en seguida viene la demostración.

Sr. Carbó—No hemos oído ninguna demostración.

Sr. Lucero—Esperamos que en adelante la hará.

Sr. Mugica—Señor presidente: si la ley electoral es una causa, y las elecciones que con arreglo á ella se producen son su efecto, necesariamente debe existir analogía de caracteres entre una y otras; por consiguiente, si la ley electoral es inconstitucional, las elecciones que con arreglo á ella se practican son inconstitucionales, y si las elecciones son inconstitucionales, lo son también las autoridades que surgen de esas elecciones; y si, en este caso, se produce el fenómeno, desconocido en el universo, de que los efectos tienen una naturaleza contraria ú opuesta á la de las causas que los producen, entonces no tiene ninguna importancia esta especie de inconstitucionalidad *intra-uterina* *(Risas)*—no encuentro otro término—que sólo existe mientras la ley está en gestación, pero una vez que ella sale del congreso, una vez que vive la vida exterior, una vez que produce todos sus frutos, entonces la inconstitucionalidad desaparece, porque todos sus efectos resultan perfectamente constitucionales.

Sr. Lucero—Lo que prueba que sus

efectos dependen del fallo de la Suprema corte.

Sr. Mugica—Es verdad que el señor diputado miembro informante de la comisión....

Sr. Castro—El presidente de la república depende del congreso.

Sr. Balestra—Pero la presidencia de la república nunca puede depender de la Suprema corte.

Sr. Lucero—Pero la constitucionalidad de la ley depende de la Suprema corte.

Sr. Balestra—Y la presidencia de la república, del congreso; como ha dicho el señor diputado Castro.

Sr. Lucero—No tenemos poder para declarar la constitucionalidad...

Sr. Presidente—Continúa con la palabra el señor diputado Mugica.

Sr. Mugica—Voy á contestar la observación formulada por el señor diputado y creo que quedará satisfecho.

La jurisprudencia que ha invocado el señor diputado por Tucumán es lo que consagra cualquier tratado de derecho: que una ley sancionada por el congreso lleva en sí la presunción de ser una ley constitucional. Pero ¿á qué queda reducida esa presunción una vez que el congreso deroga esa ley? Derogada la ley, queda suprimida la presunción, y suprimida ésta, queda suprimida la constitucionalidad de todas las autoridades que han sido elegidas por esa ley. —*(¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en la barra.)*

Sr. Presidente—Hago presente á la barra que no puede hacer ninguna clase de manifestaciones.

Sr. Mugica—El poder ejecutivo dándose cuenta seguramente de los dos fillos que tiene este argumento de la constitucionalidad, ha concluido por admitir que ella es por lo menos discutible; pero que no debemos apartarnos sin motivo de la tradición constitucional establecida por las leyes.

Desde luego, el poder ejecutivo padece un grave error cuando ha creído que esta ley relativa á la elección por el sistema uninominal ha sido sancionada sin motivo. ¡Pero, señor presidente, si ha sido sancionada después de un debate extenso y luminoso en que se han expuesto todas las razones que militaban precisamente para adoptar ese sistema!

Por otra parte, el argumento de la tradición no tiene absolutamente ninguna eficacia ¿Desde cuándo acá el he-

cho de que una ley adopte un sistema determinado en cualquier asunto, importa establecer que ningún otro sistema cabe dentro de la constitución?

Con semejante criterio no hubiera podido el congreso sancionar la ley que establece, para la formación del ejército, el régimen de la conscripción, porque tradicionalmente se había considerado como sistema constitucional el que establece el enganche voluntario. Y lo que digo de la formación del ejército, podría decirlo de la organización de los tribunales y de cualquier otra repartición administrativa.

Por otra parte, yo comprendería que se invocaran las tradiciones para seguir las al pie de la letra, si se tratara, por ejemplo, de materias internacionales, puesto que en esa materia nuestras tradiciones son siempre grandes, son siempre honrosas y son muchas veces verdaderamente gloriosas; pero cuando se trata de cuestiones de política interna, creo que no deben invocarse las tradiciones sino para arrancar de ellas las lecciones que nos brindan; y cuando se trata de examinarlas, no debe procederse con el criterio injusto con que procedía el señor miembro informante de la mayoría de la comisión, que llamaba residuos á los que son sus adversarios; que llamaba impotentes ó descontentos, á los que, alguna vez, equivocados ó no, han luchado por aspiraciones generosas que el señor diputado no debe haber comprendido cuando ha podido confundirlas con apetitos groseros y desordenados. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Sr. Lucero—Permítame, señor diputado. Yo he calificado de residuos de grupos políticos á los adversarios del partido autonomista nacional, en el sentido de que representan esos grupos que antes han estado agregados al partido; por cierto, no he empleado esa palabra, refiriéndola al móvil de las opiniones, sino que, sencillamente, he dicho que el atraso, el descontento y hasta la pobreza de las épocas pasadas, explicaban la impotencia agitada y dolorosa de las oposiciones. Reproduzco mis propias palabras, sin ninguna intención de calificar de residuo al señor diputado, que se ha enojado, sin más razón que las personas que se sublevaran en las comisarias cuando los vigilantes los llaman «individuos.» (*Risas*).

Sr. Mugica—No me enoja, señor diputado. ¡Pero puedo decirle, aunque pre-

tenda dar á sus palabras un alcance distinto del que tuvieron, que en sus frases muchas veces incisivas y agudas, he sentido llegar hasta mí la onda acre y amarga de sus sarcasmos, á veces injustos y crueles!

Sr. Lucero—Será uno de mis recursos, y me felicito de que haya producido sus efectos.

Sr. Mugica—Pero en cambio, puedo decirle que no he encontrado en todas esas frases ningún concepto verdadero y profundo, que nos sirva para descubrir la realidad y para buscar en ella enseñanzas saludables y fecundas. (*¡Muy bien!*)

Y no es porque el señor diputado no tenga un cerebro privilegiado y robusto, que yo soy el primero en admirar...

Sr. Lucero—¡Muchas gracias!

Sr. Mugica—... Es porque el vuelo vigoroso de su pensamiento, se detiene donde empiezan sus simpatías y sus aspiraciones, legítimas, sin duda, de hombre de partido. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Pero recorramos, señor presidente, con ánimo sereno y desprevenido, olvidando por un momento nuestras respectivas vinculaciones políticas; recorramos, repito, la fresca historia de nuestra vida política interna, y hemos de encontrarla casi constantemente oscurecida por dos grandes deficiencias, por dos grandes extravíos, que aparecen simultáneamente en las esferas del poder y en el espíritu exaltado de nuestras agrupaciones políticas. Y como manifestaciones odiosas y temibles de esos grandes extravíos, hemos de ver surgir á cada paso, por un lado, gobiernos electores que suprimen ó falsean el veredicto del comicio; y por el otro, masas de pueblo revolucionarias que conspiran contra la paz pública y se lanzan á la revuelta con todo su cortejo de calamidades, persiguiendo por la violencia las soluciones que desgraciadamente no pueden alcanzarse por la sola virtud de los resortes constitucionales. (*¡Muy bien!*)

He ahí los dos extremos igualmente deplorables, que han perturbado casi constantemente la elaboración tranquila y regular de nuestra personalidad política: la imposición, arriba: la rebelión, abajo! Llagas eternamente abiertas, que es necesario cauterizar por algún medio; factores igualmente funestos, que el patriotismo aconseja eliminar para siempre de nuestras prácticas nacionales, porque ellos representan la negación de todo régimen constitucional, por-

que ellos significan la eliminación absoluta de las dos grandes fuerzas morales que sirven de fundamento á toda organización regular y democrática: el respeto á la opinión y el respeto á la autoridad. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*)

Me parece, señor presidente, que no estoy pronunciando un discurso de oposición; que no estoy tampoco, mucho menos, proclamando doctrinas exaltadas. No, señor presidente. Con la más profunda sinceridad de mi espíritu, sostengo y desenvuelvo doctrinas eminentemente conservadoras en el alto, en el noble concepto de la palabra: doctrinas que he visto siempre sustentadas en el gobierno por los hombres de estado más prudentes y más previsores.

Diríase, señor, que en este debate se truecan los papeles. El poder ejecutivo y los que más estrechas vinculaciones mantienen con él, esforzándose en restablecer á todo trance las causas de la perturbación y del desorden; mientras que se opone á ese restablecimiento, ¿quién, señor presidente?

Un diputado que no tiene esas vinculaciones estrechas con el poder ejecutivo, pero que tampoco, absolutamente tampoco, es un opositor sistemático, porque desea, por el contrario, en el gobierno, la mayor estabilidad y la mayor eficacia, siempre que se traduzcan en bienes para todos los pueblos de la República.

Y bien, señor: si no puede sostenerse que el escrutinio de lista resume en sí todas las causas de esas perturbaciones á que me he referido reiteradamente, no podrá desconocerse, invocando el criterio experimental á que el poder ejecutivo se refiere, que es indudablemente una de esas causas.

Veamos ahora, el segundo término del programa que me he propuesto llenar en este debate. Vamos á examinar, después de haber demostrado que el escrutinio de lista no favorece ni la libertad del sufragio ni la prescindencia de la autoridad, ni tampoco la formación de partidos orgánicos, vamos á ver si el sistema uninominal presenta alguna ventaja relativa, comparado con el sistema de la lista.

Sr. Leguizamón—Hago moción para pasar á cuarto intermedio.

Sr. Presidente—Invito á la honorable cámara á pasar á cuarto intermedio.

—Pasa la cámara á cuarto intermedio.

—Vueltos á sus asientos poco después los señores diputados, dice el

Sr. Presidente—Continúa con la palabra el señor diputado Mugica.

Sr. Mugica—Señor presidente: Creo haber presentado una suma de argumentación considerable, no obstante las manifestaciones hechas por el señor diputado Carbó, en el sentido de demostrar que el restablecimiento del sistema de la lista, ha de alejar por tiempo indeterminado la realización de los propósitos que manifiesta perseguir el señor presidente de la república.

Debo examinar el segundo término de la cuestión: el que se refiere á las ventajas relativas del sistema uninominal establecido por la ley vigente.

He dicho también antes de ahora, que yo no soy partidario de ese sistema, pero no puedo desconocer que comparado con el de la lista, presenta indiscutiblemente numerosas ventajas.

Apliquemos también á esta faz del asunto un criterio exclusivamente experimental, y veámos lo que ha sucedido entre nosotros la primera vez que este nuevo sistema se ha puesto en práctica.

Señor presidente: la primera ventaja indiscutible del sistema uninominal es la que se ha traducido prácticamente en el despertamiento del comicio popular.

El mismo poder ejecutivo nos aseguraba constantemente que los comicios populares en el país estaban desiertos, que era necesario despertar los movimientos electorales, porque ellos, sin duda alguna, fundan el progreso político de los pueblos.

Y bien: la primera vez que el sistema uninominal se ha aplicado, el silencio de los comicios ha desaparecido, y hemos visto concurrir enormes masas de electores á disputar el triunfo.

Es verdad que en este primer ensayo del sistema uninominal ha intervenido como fuerza impulsora de ese movimiento ascendente, el interés personal, ¿pero qué importa? ¿Acaso son ilegítimos estos intereses personales que despiertan en los hombres la aspiración á ocupar posiciones públicas? No, señor presidente. Con tal que esos intereses personales animen y vigoricen la vida cívica en la República, bien venidos sean; ellos han de producir, más tarde ó más temprano, grandes beneficios institucionales al país!

Por otra parte, señor, el escrutinio uninominal ha tenido entre nosotros otra virtud y otra eficacia: ha roto esas vinculaciones indispensables entre los ciudadanos capaces de desempeñar posiciones públicas con los presidentes de comités, con los gobernadores de provincia, y también con el presidente de la República; porque nadie puede desconocer, sincera y honradamente, que el sistema de la lista ha ejercido una acción depresiva sobre el carácter de los ciudadanos, porque á favor de aquel sistema, práctica y experimentalmente, hemos visto morir muchas altiveces y hemos visto doblegarse muchos caracteres independientes.

El sistema uninominal ha roto esas vinculaciones, y ciudadanos completamente independientes, sin necesidad de crear ese género de vinculaciones, han podido llegar hasta el congreso de la nación.

Si aplicamos, señor, el criterio experimental en esta faz del asunto, podremos fácilmente corroborar la exactitud de las conclusiones á que acabo de llegar. Ahí están los pueblos de Tucumán y Salta, que en épocas un poco menos apacibles pero también un poco más gloriosas que las actuales, encontraron en la fibra patriótica de sus hijos energías viriles suficientes para dejar escritas páginas inolvidables, para alcanzar victorias inmortales que cerraron para siempre el camino de las invasiones extranjeras, y que hoy, después de medio siglo de vida constitucional, no salen todavía de su asombro, cuando constatan con satisfacción que ha llegado al fin la hora de poder enviar representantes al congreso sin el previo visto bueno de sus respectivos gobernadores. (*Muy bien! muy bien!*) Y ese asombro sería todavía más intenso para el honrado obrero de esta capital, si en uno de esos días fríos y brumosos en que la ruda lucha del trabajo amargada por las contradicciones del destino aniquilan sus fuerzas y sublevan todos sus sentimientos en una protesta inevitable contra las desigualdades de la suerte, asomara hasta las galerías de esta cámara y viera que aquí, en este recinto tradicionalmente de burgueses, como diría el señor diputado Palacios, también un socialista hace escuchar su palabra á veces vibrante y airada.

Y si incurre en errores, si cae en los excesos de una doctrina que yo considero generosa pero extraviada y utópi-

ca, en cambio nos recuerda á cada paso la existencia de esa masa de carne dolorida, que es como el precioso combustible que impulsa el movimiento de nuestra producción; y cuyos esfuerzos—cuyos sufrimientos, cuyas lágrimas acaso, llegan constantemente hasta nosotros en el libro que nutre nuestro espíritu, en el pan que alimenta nuestro cuerpo y en el vestido que nos cubre! Y este recuerdo que aparece á veces entre notas apasionadas y ardientes, es—sin embargo, justo y provechoso, porque si hemos de decir la verdad, por las mismas consecuencias de la lista, estamos y acaso estamos todavía excesivamente olvidados de la población trabajadora de la República. (*Muy bien! Muy bien!*)

Sr. Romero—¿Si me permite el señor diputado?

En un asunto de tanto interés me parece que es una lástima que la discusión tenga lugar ante una minoría tan reducida como la que actualmente escucha. Por esta razón voy á hacer moción para pasar á cuarto intermedio.

Sr. Iriondo—Levantando la sesión.

Sr. Yofre—Que se invite á los señores diputados que están en antecala á pasar al recinto.

Sr. Presidente—¿El señor diputado por Buenos Aires hace moción de levantar la sesión?

Sr. Lacasa—Está muy interesante el debate...

Sr. Romero—Precisamente por eso es que siento que este discurso no sea escuchado por un mayor número de diputados.

—Varios señores diputados vuelven al recinto.

Sr. Iriondo—¿Hay número para votar la moción del señor diputado?

Sr. Presidente—No hay número.

Sr. Lacasa—Parece que la moción del señor diputado tenía por único objeto que hubiera mayor número de oyentes.

Sr. Yofre—Ya está satisfecho.

Sr. Lacasa—Ya está satisfecho; podemos seguir.

Sr. Iriondo—Estas son mociones que no se discuten; corresponde votar.

Sr. Presidente—No se puede votar porque no hay quorum.

Sr. Secretario Ovando—Hay 53 señores diputados en el recinto.

Sr. Lacasa—La mayoría está por

escuchar al señor diputado. Podemos continuar.

Sr. Presidente—Continúa con la palabra el señor diputado por Buenos Aires.

Sr. Mugica—Bien, señor presidente. Me parece que todas éstas que acabo de señalar son ventajas, parciales pero indiscutibles, del sistema uninominal. Negarlas, es negar la verdad, es negar la evidencia, es negar la luz del sol.

Pero la luz del sol alumbra y calienta aún á aquellos que se atreven á desconocer su existencia, como alumbra y calientan los debates de esta honorable cámara, estos frutos vivientes de la circunscripción que se llaman Carlés, Cantón, Varela Ortiz, Iriondo, Vedia, Palacios, O'Farrell, Latorre, y todos esos otros señores diputados á quienes podemos llamar con razón los bienvenidos, porque al pasar por esa puerta no tenían en el bolsillo el pasaporte tradicional expedido por el presidente de la República ó por los gobernadores de provincia. (*¡Muy bien! ¡Muy bien!*).

Pero, señor presidente, yo que acabo de señalar algunas de las ventajas que presenta el sistema uninominal, reconozco también que tiene inconvenientes. Reconozco desde luego, que tiene un inconveniente que le es común con el sistema de la lista: establece también el absurdo régimen de la pluralidad de sufragios, y puede dejar sin representación alguna á fuerzas y agrupaciones importantes de opinión.

Tiene todavía otro defecto: puede alejar de los cuerpos legislativos á personalidades de grande importancia, que carezcan de los atributos y de las condiciones necesarias para ir á disputar el triunfo en el comicio pequeño á un caudillo ó otra persona que reúna esas condiciones; y no es conveniente para los altos intereses del país que esas personalidades á que acabo de referirme queden excluidas de ocupar un puesto en el parlamento, porque en él pueden prestar grandes servicios á la nación. (*¡Muy bien!*)

Por otra parte, yo encuentro también que experimentalmente el sistema uninominal, en medio de sus ventajas, ha producido entre nosotros un efecto deplorabile: ha traído el comercio del voto.

Se arguye, sin duda, que este comercio del voto no es un inconveniente, sino el resultado de la valorización que el voto adquiere precisamente en virtud

de la influencia del sistema uninominal. Pero yo no puedo aceptar esa clase de argumentos.

Creo, señor presidente, que el voto no es una mercancía, que el voto no es un objeto susceptible de valorización económica. La valorización del voto debe ser siempre exclusivamente moral, y alcanzará su más alto exponente cuando todos los ciudadanos lo ejerzan en cumplimiento de un deber cívico, para servir con arreglo á su conciencia los altos intereses de la nación. (*¡Muy bien!*)

Sr. Yofre—Lo que dice el señor diputado está de acuerdo con la tesis de la mayoría de la comisión.

Sr. Mugica—Estoy explicando las razones...

Sr. Yofre—Que concurre en todo á ponerlo de acuerdo con las opiniones de la mayoría de la comisión.

Sr. Mugica—He empleado dos horas combatiendo el despacho de la mayoría de la comisión; y por más talento y por más argumentos que pueda utilizar el señor diputado, no ha de demostrar que los fundamentos del despacho de la minoría justifiquen el de la mayoría.

Sr. Yofre—No es necesario talento para demostrar que el señor diputado, que dice que ha empleado dos horas, ha venido á concluir defendiendo las ideas de la mayoría de la comisión. En muchos otros puntos ha coincidido también el señor diputado con las ideas de la mayoría de la comisión, como se le demostrará en oportunidad.

Sr. Iriondo—Pero la mayoría de la comisión no se ha preocupado del voto secreto ni de muchos otros puntos.

Sr. Yofre—Todas estas cuestiones se han de tratar en su oportunidad y ha de quedar satisfecho el señor diputado.

Sr. Balestra—Todos estamos en contra de la venalidad del voto.

Sr. Iriondo—Es un hallazgo el del señor diputado por Córdoba!

Sr. Vedia—Hago notar que es ésta la primera vez que se interrumpe un informe en general; y tanto más de notar es el hecho cuanto que se produce por la minoría de una comisión; mientras que el de la mayoría to dos lo hemos escuchado con el mayor respeto, sin que se le interrumpiera una sola vez.

Sr. Iriondo—Yo fuí interrumpido.

Sr. Vedia—Corroborando...

Sr. Lucero—Pero fué una interrupción.

Sr. Mugica—Estimo las manifestaciones que acaba de hacer el señor diputado por la capital, con quién hemos coincidido en este asunto; pero al mismo tiempo agradezco también la interrupción que se ha servido hacerme el señor diputado por Córdoba, porque me revela la benevolencia de sus sentimientos respecto á mi persona. Es realmente honroso para mí el empeño que manifiesta el señor diputado por Córdoba de que yo participe de su opinión... (*Vissas*) pero, en realidad, me parece que había establecido, con bastante precisión, la tesis que estoy sosteniendo y que toda mi argumentación ha sido encaminada á probar la exactitud de esa tesis.

He dicho que el sistema de escrutinio por lista, es el peor de todos los sistemas; y, me parece que he tratado de demostrarlo. He dicho que el sistema uninominal con relación al de la lista, presenta muchas ventajas; y he dicho, por último, que este sistema uninominal tiene también sus inconvenientes.

He señalado las ventajas y he señalado los inconvenientes. ¿Qué consecuencia se deduce de esto? Precisamente, la consecuencia está en mi despacho. Porque creo que el sistema de lista es el peor de todos y porque creo que el sistema del voto uninominal aún siendo mejor que el de la lista presenta también sus inconvenientes, precisamente por eso, propongo la reforma de la constitución, dejando subsistente el sistema del voto uninominal, que es relativamente bueno, hasta tanto se efectúe la mencionada reforma. No sé si el señor diputado podrá apreciar ahora cual es realmente la situación en que me encuentro, bajo el punto de vista de la tesis que sostengo.

Ahora bien, creo que la reforma constitucional que he propuesto en el despacho que sustento, significa ó representa la solución más conveniente del problema que debatimos, porque nos permitirá adoptar un sistema electoral que satisfaga las necesidades y las modalidades de nuestro país.

Los escritores políticos más eminentes, los sociólogos más profundos, los estadistas más avezados y prudentes, sostienen sin discrepancia que la representación de las minorías en los cuerpos parlamentarios, es, no ya un anhelo, no ya una aspiración, sino una necesidad práctica é irresistible, en todas las naciones regularmente organizadas;

y bien puede afirmarse, señor presidente, sin temor de sufrir rectificaciones, que la filosofía política del siglo XIX ha sido orientada precisamente en el sentido de encontrar esa solución.

Por eso la mayor parte de los escritores políticos que han tratado la materia electoral han buscado establecer diversos sistemas que sirvieran precisamente para traer á los cuerpos parlamentarios la representación de las minorías. Son infinitos los sistemas ideados con ese objeto. Yo no me voy á detener á examinarlos; y aunque tengo mis preferencias por alguno de ellos, no creo que se debe establecer en la constitución de la República un sistema electoral determinado. No, señor presidente: si hay alguna materia que debe resolverse con criterio experimental es justamente ésta, y el criterio experimental es incompatible con esas reglas inflexibles é insalvables que se establecen en las leyes fundamentales y que no pueden modificarse fácilmente.

Entonces, lo que creo que corresponde, lo que conviene al país, lo que producirá grandes beneficios institucionales á la República, es suprimir toda regla formulista en la constitución, respecto de esta materia.

Es necesario que la constitución no establezca ningún sistema electoral; es necesario que deje al congreso la más completa amplitud para legislar sobre esta materia, porque de esa manera podrá proceder con criterio experimental, podrá plantear sistemas electorales, para observar sus consecuencias en la práctica, y si fuera necesario reformarlos ó reemplazarlos por otro. Esa es la forma en que llegaremos, al fin, á alcanzar una solución conveniente para los altos intereses del país.

Hace un momento, un distinguido miembro de esta cámara, el señor diputado Naón, me recordaba que en los telegramas insertos en los últimos números de los grandes diarios de esta capital, figuraba uno venido de Londres en que se dice que el primer ministro de la Corona ha resuelto plantear, en el parlamento, el problema de la representación de las minorías, y eso que allí tienen ya representación las minorías; pero el primer ministro de Inglaterra considera que este sistema uninominal, que rige en gran parte de aquel país, todavía no da á las minorías toda la representación que deben tener, y plantea entonces el problema, para en-

contrar un sistema que les dé mayor representación.

Pero el mismo poder ejecutivo manifiesta simpatías por esta tendencia y nos dice: No soy extraño á las aspiraciones que exigen la representación de las minorías en el parlamento; pero es necesario que nos detengamos ante las prescripciones de la constitución.

Y ¿por qué hemos de detenernos? ¿Acaso la constitución debe figurar como un obstáculo que se oponga al progreso y al desenvolvimiento del país? ¿Acaso la constitución no debe ser el primer resorte que impulse ese desenvolvimiento y ese progreso? ¿Y por qué, entonces, no hemos de salvar ese obstáculo, precisamente con los mismos recursos y con los mismos medios que nos brinda la constitución? ¿No nos dice ella misma que puede y debe ser reformada cuando las conveniencias públicas lo aconsejen? ¿Qué inconveniente puede existir para que hagamos esta reforma? ¿Hay algún peligro en abordarla?

Señor presidente: casi todos los señores diputados con quienes he hablado particularmente se han manifestado enteramente de acuerdo con mis ideas. Me han dicho: usted tiene razón; creemos que la reforma constitucional es necesaria; creemos que ella satisfaría las exigencias y las necesidades del país; pero no la votamos.

Esta actitud me recuerda una anécdota que voy á permitirme referir brevemente á la honorable cámara.

Había en mi pueblo un comisario de campaña que dependía de un funcionario que en Entre Ríos tiene á su cargo la policía del departamento y que se llama jefe político.

Debo advertir que este cuento es muy antiguo, de época remota. (*Risas*.)

El jefe político, en un momento en que se realizaba una campaña electoral, había hecho circular instrucciones á todos los comisarios de campaña para que prestaran apoyo decidido á tal ó cual agrupación política ó á tal ó cual candidato. El comisario del cuento, estaba comprometido—por un rasgo de independencia poco común en esa clase de funcionarios—en favor de otra agrupación y de otro candidato, y naturalmente prestaba á esa agrupación y á ese candidato todo su apoyo. Lo sabe el jefe político, é inmediatamente ordena al comisario que baje á la jefatura. El comisario recibe la orden y se encuentra

realmente en un grave conflicto: si no la cumple, lo destituyen; si la cumple, lo castigan ó le dan una reprimenda, y por otra parte deja abandonados á sus amigos. En semejante conflicto, el comisario resuelve adoptar la más equibrista de las actitudes: contesta al jefe político que ha recibido su orden y que la obedece, pero que no va! (*Risas*).

Exactamente la misma actitud que se observa con este proyecto de reforma constitucional. Es bueno; pero votan en contra. Obedecen; pero no van! (*Risas*)

Señor presidente: me llega ya la hora de terminar y quiero sintetizar en pocas palabras el concepto fundamental que me merece este asunto.

Cuando contemplo la actualidad de la República, descubro en ella un doble aspecto que despierta en mi espíritu las más encontradas impresiones, porque si por una parte ellas permiten fundar brillantes esperanzas para el porvenir, por otra, despiertan también incertidumbres justificadas. No hay correlación seguramente entre el estado económico del país y su situación política. Nunca la República ha alcanzado un grado más alto de progreso material.

La producción aumenta en proporciones fabulosas; las industrias crecen y se arraigan, el comercio interior y exterior se desarrolla en los mismos términos; la riqueza pública y privada se acrecienta; las corrientes de inmigración se vigorizan; las rentas se multiplican; las finanzas, ayer difíciles y obscuras, hoy están perfectamente despejadas: tienen su mejor exponente en las altas cotizaciones exteriores de nuestro crédito, que hace cinco años hubieran parecido absolutamente imposibles. Pero al lado de este cuadro de animación y de vida, se presenta la situación política; y esa situación política no puede caracterizarse mejor que con las mismas frases del poder ejecutivo: el sufragio no prepondera en la república; no hay partidos orgánicos; las autoridades no prescinden en las luchas eleccionarias....

Señor presidente: este cuadro se refleja en el exterior. No hace muchos días leía un reportaje hecho en Londres por un periodista á uno de los banqueros más vinculados á estos pueblos de América, y aquel banquero le decía: estamos admirados del progreso económico de la República Argentina, pero no tenemos ninguna fe en su estabilidad política.

Entonces yo creo, señor presidente,

que es patriótico buscar que esa estabilidad se produzca y creo que uno de los medios, uno de los factores que han de contribuir á producirla, es este proyecto que he sometido á la consideración de la honorable cámara.

Reformemos la constitución; busquemos un sistema electoral que permita el juego tranquilo, regular y pacífico de los partidos y de las agrupaciones políticas, y después que hayamos realizado esa reforma, podremos esperar más tranquilos: se formarán partidos orgánicos, habrá más preescidencia de las autoridades, funcionarán también los comicios libres, de los cuales ha de resultar perdurable la paz y la tranquilidad, de que depende el progreso definitivo de la República; y de esta manera se habrán cumplido también los propósitos del señor presidente de la República, altamente patrióticos, pero absolutamente incompatibles con los medios que él propone para alcanzarlos.

He dicho. (*Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas y en la barra.*)

—Ocupa su banca en el recinto el señor ministro del interior, doctor don Rafael Castillo.

Sr. Vedia—Pido la palabra.

Sr. Naón—Hago moción para pasar á cuarto intermedio.

Varios señores diputados—Podemos continuar.

Sr. Balestra—Pero es que estamos algo fatigados.

Sr. Vedia—¿Puedo usar de la palabra, señor presidente?

Sr. Presidente—Tiene la palabra el señor diputado.

Sr. Balestra—Se produce un gran cansancio cerebral, después de un discurso muy intenso; sin embargo, me atenderé á lo que diga la mayoría.

Sr. Vedia—Si yo debiera, señor presidente, hacer un discurso, la menor vanidad oratoria me hubiera llevado á acogerme inmediatamente á la moción de pasar á cuarto intermedio, justamente formulada; si debiera hacer un discurso, nociones elementales de táctica, que por ser elementales puedo conocer, sobre todo tratándose de táctica parlamentaria, me hubiera aconsejado abandonar también este momento, acogiéndome á cualquier otra oportunidad dentro del debate.

Digo todo esto, á propósito de mi si-

tuación al lado de mi distinguido compañero el señor diputado Mugica cuyo discurso, tan completo y tan elocuente, ha escuchado la cámara con verdadero placer. Pero con los debates parlamentarios sucede á menudo, y conviene que así sea, lo que con esas esquemas de la estadística, que van marcando según las fluctuaciones á que se apliquen, las alzas y las bajas. Conviene, pues, que á continuación de una palabra tan ilustrada, tan erudita y tan elocuente, se oiga la palabra de un diputado que quiere hablar ante sus colegas, en primer término como hombre político.

No creo, señor presidente, que esta cuestión de la ley electoral sea una cuestión de partido.

Es claro que es una cuestión que interesa principal y directamente á los partidos, pero la honorable cámara me ha de favorecer, me parece, con su pronta interpretación, adelantándose á definir qué es lo que quiero significar cuando digo que esta cuestión no es una cuestión de partido. Tan no lo es, señor presidente, que los hombres del partido nacional, al discutirla hace dos años, nos dividimos en esta misma cámara; tan no lo es, que se me ha de permitir argumentar conmigo mismo, cuya filiación política, me parece, no es dudosa para los señores diputados, y que vengo en disidencia con una mayoría de la comisión de negocios constitucionales, compuesta de tres miembros distinguidos del partido nacional, y en compañía, muy honrosa por cierto para mí, del señor diputado Mugica, que notoriamente no reconoce la misma filiación.

Pero, señor presidente, si esta fuera una cuestión de partido ¿de qué lado estarían los intérpretes, los que traen aquí la expresión viva, inconfundible de su voluntad? Yo no conozco una convención de mi partido que haya dicho: éste debe ser el sistema electoral; no lo dice la plataforma de ningún partido. En esta materia debo atender principalmente á los antecedentes.

La línea histórica que marca, en nuestro país la filiación verdadera del partido nacional, empieza, me parece, con Sarmiento, sigue con Avellaneda, continúa con Roca y con Pellegrini; y estos dos últimos, al dividirse, agitan cada uno en su propio campo la misma bandera de la elección uninominal; y sin que yo pueda creer que vengo aquí á sostener la inflexibilidad de las opi-

niones políticas, digo que traigo un antecedente que vale para mi tanto como la voluntad de una convención, traigo la ley de 1902, votada en esta cámara por una mayoría del partido nacional. *(¡Muy bien! ¡Muy bien!)*

De manera, pues, señor presidente, que la situación la planteo en la siguiente forma: yo no creo que sea esta una cuestión de partido, y de esa manera pienso que cada uno debe tener, á ese respecto, la más absoluta libertad de acción; y que si lo fuera, los antecedentes me darían á mí títulos más que suficientes para en mi posición de hombre de partido defender el sistema de la elección uninominal.

Pertenezco, señor presidente, al partido político que hizo el acuerdo el 90; pertenezco al partido político que dió la solución del 92, después de haber sostenido la candidatura presidencial del general Mitre; pertenezco al partido político que votó el censo del 95, en un país que no conseguía tenerlo desde el año 69, y que lo votó afrontando franca y virilmente todas las consecuencias políticas de ese acto trascendental para la República: pertenezco al partido político que ha hecho la actual presidencia de la nación.

Señor presidente: todos esos actos: el acuerdo del 90, la candidatura presidencial del general Mitre, la solución del 92, el censo del 95, la reforma constitucional, á que no había aludido antes, son jalones que viene colocando el partido nacional, después del 90, y que han venido á reunirse, diré así, en la ley del voto uninominal de 1902, actos todos perfectamente concordes, encaminados, dentro de una misma política invariable, segura, inflexible. Por eso es que yo pongo tanto calor cada vez que trato esta cuestión, en que me parece que vamos á destruir una verdadera conquista realizada por el país, bajo los auspicios del partido nacional, en el congreso y en el ejecutivo.

Y como me interesa mucho, la honorable cámara me lo ha de perdonar, he de marcar cada vez el interés realmente de hombre político que aplico á la defensa de la ley que se pretende derogar.

No necesito, pero quiero decir, que reconozco una absoluta, una completa solidaridad política con todos los hombres del partido nacional de la República. Yo me siento correligionario del partido nacional que gobierna en Entre

Ríos con Carbó, y que da al país el espectáculo saludable de sus últimas elecciones, con una ley en que tanta parte tomó el señor diputado Carbó, con una ley ante la cual me resulta, señor, una ironía la que se pretende volver á entregar á la República; yo me siento, señor, correligionario, ya que he citado una provincia en que el partido nacional está en el gobierno, yo me siento correligionario, digo, de los hombres de San Luis, que cayeron con Mendoza, y que ahí andan proscriptos y perseguidos; como me siento correligionario de los que han defendido la situación de Córdoba y de los que han defendido la situación de Santiago; y como me siento correligionario de los hombres de las provincias á quienes puedo reconocer, á quienes reconozco, á través de otras denominaciones locales; pero en cuyas almas y en cuyos sentimientos, en cuya política actual, encuadrada perfectamente dentro de todas sus tendencias, se advierte clara y precisamente su procedencia, su acción presente y su destino!

Sr. Pinedo (M.)—Hago moción para levantar la sesión.

—Apoyado.

Sr. Castro—El orador desea continuar.

Sr. Vedia—Cómo no he de felicizarme, señor, de estar en este puesto por una sistema cuya doctrina, por otra parte, considero triunfante en el mundo y cuyo primer ensayo en la República, hace dos años, considero felicísimo y digno de ser saludado con verdadero alborozo, como un despertamiento indiscutible de nuestra vida cívica, señor presidente,—y aquí voy á explicar, haciendo un paréntesis, las razones por qué acompaña mi firma el despacho de la minoría.

Las razones están en la parte de la exposición del señor diputado Mugica en que ha combatido el sistema uninominal. Yo, señor, presidente, soy partidario del sistema uninominal; más: creo que es un sistema que prepondera y está destinado á preponderar en todos los países adelantados y progresistas en esta materia. Creo que está destinado á hacer bancarota en el mundo todo sistema de proporcionalidad, sea análogo, anexo ó conexo con ella, y sostengo que todos esos sistemas, el voto acumula-

tivo, el voto graduado, el voto único, el sistema de Have, el de Lubbock ó el de Andox, todas estas combinaciones más ó menos raras, más ó menos caprichosas, más ó menos acertadas, no son más que paliativos, no son más que excusas, no son más que atenuaciones á este sistema asfixiante y enervador de la lista, sistema contra el cual se ha reaccionado en todas partes y contra el cual el pensamiento nacional ha volcado de cincuenta años á esta parte todas sus mejores páginas, todos sus mejores pensamientos! (*¡Muy bien!*)

No se puede, señor presidente, nombrarlos. ¿Para qué volver á traer aquí á Sarmiento, á Vélez, á Avellaneda, á Pellegrini, á Estrada,.... á quien nombro porque me mira el señor diputado Carbó y me recuerda algo que me dijo hoy en antepasados á su respecto.

El señor diputado Carbó me hizo notar algo que puede en efecto dar lugar á confusiones, ó á que se suponga que no discute uno estos puntos con toda la sinceridad y con toda la lealtad que debe poner en ellos.

Sr. Carbó—Yo no he supuesto nada de eso.

Sr. Vedia—No, señor, al contrario; digo que podría suponerse que no se tuviese toda la lealtad con que el señor diputado sabe que yo discuto...

No es, señor presidente, que todos estos ilustres argentinos nombrados, que estos grandes pensadores, políticos y escritores argentinos, estén con el sistema uninominal: es que nadie está por la lista, por el sistema plural. Es que el general Mitre, cuya opinión he oído invocar hace muy poco en favor de la lista con arreglo á la circunscripción, es el mismo que ha dicho que la lista es el tirano del mundo. No, pues; no hay efectivamente que hacer confusión. Entre los que han sido partidarios del sistema uninominal, como Sarmiento, como Vélez,—porque Vélez ha sido partidario del sistema uninominal—como Pellegrini, como Roca, como del Valle y como tantos otros que han contribuido más ó menos directamente á la solución de este asunto...

Sr. Carbó—Yo no he encontrado la opinión de Vélez.

Sr. Lucero—No he encontrado que la opinión de Vélez sea en ese sentido ó no me ha parecido tan terminante. Recordando su declaración de que solo se preocupaba de garantizar la libertad electoral, por medio de una ley amplia, de

cualquier sistema. Así, cuando discutía ese asunto en el senado con el doctor Montes de Oca, el doctor Vélez comunicó que el pensamiento del poder ejecutivo se determinaba en este concepto, sin mayor insistencia que la de mantener y consolidar esas garantías; agregando que existía una profunda diferencia entre las instituciones norteamericanas y las nuestras, como para atenuar las consecuencias constitucionales que los adversarios deseaban obtener en el debate.

Sr. Vedia—He hablado hoy en contra de las interrupciones...

Sr. Lucero—Pido perdón al señor diputado.

Sr. Vedia—Permítame...

Hablé en contra de las interrupciones porque se dirigían contra una pieza oratoria hermosísima, que yo quería que se desenvolviera con toda tranquilidad y en el ambiente propicio...

Sr. Lucero—La del señor diputado tiene iguales méritos.

Sr. Vedia—Pero, en cuanto á mí, las agradezco, porque como no hago un discurso, lo que quiero es precisamente hacer controversia en esta materia, sin pensar en la escasez de mis recursos, que para mí esto desaparece en absoluto ante la magnitud del pensamiento. (*¡Muy bien!*)

Por eso me complazco y me complaceré muchísimo en oír las interrupciones.

La opinión de Vélez, que decía el señor diputado no la ha visto claramente establecida, está expuesta en el mensaje presidencial de Sarmiento. Vélez acompañaba á Sarmiento en absoluto, en esta materia de la circunscripción.

Como no he traído documentos, apenas unos ligeros apuntes, no puedo contestar sino con otra afirmación, la afirmación del señor diputado.

Sr. Lucero—Yo no me refería al mensaje, que ha expresado sin duda las ideas del presidente y de su ministro, sino al debate que recordo fué sostenido principalmente por el doctor Montes de Oca.

Sr. Vedia—Todos esos sistemas electorales á que me he referido, señor presidente, todos han surgido en el mundo en circunstancias excepcionales, especialísimas; han surgido después de una revolución ó en un momento incierto, ó para salvar una situación.

La prueba está en que la idea de la reforma electoral en el mundo llena páginas de la historia, y viene envuelta

siempre en crónicas de crisis, de sacudimientos.

Entre nosotros, nó; y esto prueba que habiendo hallado el remedio más práctico, aun con el criterio relativo de los enemigos de la circunscripción, para traer á la cámara,—en cierto modo lo hemos logrado,—una representación de las minorías, lo hacemos dentro de la más absoluta tranquilidad y sin dificultades políticas de ningún orden.

En los Estados Unidos,—y éste es un caso digno de ser citado, — cuando se pensó en el voto acumulativo, fué después de la guerra de secesión, como medio de reconstruir los estados del sur, que quedaban imposibilitados para figurar en los comicios.

Pero fué una y dos veces presentado este proyecto, que los Estados Unidos no sancionaron, porque no podían sancionar una ley que estableciese diferencias entre unos y otros estados. Fué así como se pensó en tal reforma, á raíz de un sacudimiento como aquél.

En todas partes del mundo la reforma se ha producido ó ha venido acompañada por un motivo que yo en balde quiero buscar al rededor de este proyecto, para justificar el empeño é interés en volvernos á la lista.

Señor presidente: el hecho de que no quiera yo hacer citas, sobre todo cuando no quiero repetirme, coincidiendo en esto con el señor miembro informante de la mayoría de la comisión, no quiere decir que yo no trate de justificar lo que digo.

Me bastará decir que en Francia,—un poco más tarde vamos á hablar otra vez de Francia con motivo del ejemplo citado por el señor diputado,—en Francia, Bonnefoy, Odillon Barrot, Floquet y muchos otros escritores modernos, se pronuncian en favor del sistema de las circunscripciones.

Brunialti, cuya personalidad no necesitaré señalar á la consideración de la honorable cámara, Brunialti llega al parlamento italiano y dice: Hace dos años que abandonamos el sistema de la circunscripción, porque ya no podíamos más y adoptamos el sistema de la lista; hoy venimos á decir aquí que el remedio ha sido peor que la enfermedad, que la circunscripción es mucho mejor que la lista, y á pedir—como lo obtuvo después— que el parlamento italiano se pronuncie por la circunscripción. Eso decía Brunialti. No tengo aquí la fecha

exacta; pero me parece que era en 1901. Webster, en Bélgica, decía lo mismo.

El ejemplo francés, si no fuera en parte contrario á la misma doctrina del señor diputado Lucero, sería en general inaplicable. El señor diputado en esta parte, me parece, recordaba que Floquet, para defenderse de Boulanger, cuyo romántico suicidio también recordaba el señor diputado, había hecho votar la ley de circunscripción. Efectivamente, hizo votar esa ley y en esa forma se defendió de Boulanger. Y esa resolución de adoptar la circunscripción venía acompañada de la prohibición, que el señor diputado recordaba, de presentar una candidatura por dos secciones. De manera que el ejemplo sería en esa parte contraproducente, respecto de la tesis del señor diputado.

Sr. Lucero—¿Me permite una interrupción?

Sr. Vedia—Con mucho gusto.

Sr. Lucero—Floquet se encontraba al frente de las alianzas boulangistas del centro y de la derecha, alianzas que empezaban á tomar carácter electoral, no ya solamente parlamentario. Inmediatamente después de pasar la reforma del escrutinio, se produjo la moción para tratar con urgencia una ley en que se prescribiera que ningún candidato pudiese presentarse en más de una circunscripción. Precisamente, era una disposición dirigida contra Boulanger, cuya popularidad aparecía indiscutible en ese momento, sostenida por todos los elementos reaccionarios de la república, incluyendo todos los monárquicos, que se habían coaligado mediante la lista.

No me parece, pues, contraria á mi doctrina.

Sr. Vedia—Admirable la exactitud de la referencia; pero en este caso la propia defensa contra Boulanger y contra lo que él representaba en Francia, está indicando por sí mismo la importancia y la significación del sistema que yo defiendo,—sobre todo cuando lo reclamaba Floquet á nombre de los grandes intereses que tenía en su mano.

Pero la Francia no es ejemplo, ni hubiera querido yo, como el señor diputado, salir de mi país, y menos para ir á Francia; y no es ejemplo, porque en Francia se discuten régimenes de gobierno. Pero si Waldeck Rousseau, partidario de la lista, y fundador del bloc, se presenta un día á la cámara, en 1901, y le dice que juzgaba temerario, im-

prudente é inoportuno el restablecimiento de la lista...

Sr. Lucero—¡Es claro!

Sr. Vedia—¡Es claro! ¡Es que allí estaban tratando otras cuestiones!

Sr. Lucero—Por eso rige el sistema uninominal; porque allí sería peligrosísimo para la república volver al sistema de la lista que provoca las coaliciones que le son adversas.

Sr. Vedia—Con eso no destruye el ejemplo de Francia; no estamos discutiendo, como Waldeck Rousseau, regímenes de gobierno.

Sr. Lucero—Por suerte nuestra! no tenemos en el país varias clases de republicanos, ni clérigos, ni monarquistas, metidos entre nosotros y el gobierno.

Sr. Vedia—Allá hay ejemplos para todo; en Francia los sistemas han variado continuamente, pero ¿por qué? Porque están discutiendo, repito, el régimen de gobierno; mientras que en países donde no lo discuten, se ha afirmado el sistema uninominal. Es ésta la conclusión á que yo llego.

Y de la Francia, que el señor diputado invoca, el recuerdo que pudiera traerse á esta cámara sería el de Napoleón III, que cuando pide los sufragios de aquel país, le promete el régimen uninominal; pero que en cuanto organiza su tiranía y empieza á apretar los resortes, implanta el sistema de la lista. Es éste el recuerdo francés que conviene establecer.

Disraeli, partidario también de la lista, el año 67 solicita empeñosamente al parlamento que no se preocupe, por

el momento, de abolir las circunscripciones, porque si hubiera que abolirlas, habría que reemplazarlas con mucha equidad.

Todos estos recuerdos los hago para demostrar que una vez que hemos abandonado este régimen caduco, asfixiante, repudiado, de la lista por el sistema de la pluralidad, no debemos abandonar las circunscripciones, sistema verdaderamente preferible, á mi juicio, ante la ciencia política del día, para volver al mismo sistema de lista, sino para buscar, al menos lo que yo deseo y en virtud de lo cual he firmado con el señor diputado Mugica el despacho de la minoría de la comisión, para buscar atenuaciones en cuanto se refiere á la pluralidad de votos, á fin de evitar que vengan diputados, como el que habla, que representa una minoría de la circunscripción que lo ha mandado al congreso, y á fin de que éste adquiera la facultad de dictar leyes electorales con la elasticidad que indiscutiblemente requieren sanciones de este género.

Sr. Correa—Hago moción para pasar á cuarto intermedio. Entiendo que el señor diputado tiene aún mucho que exponer.

Sr. Vedia—Efectivamente, contra lo que yo esperaba, tendré que hablar algo más, y aun que creo que podría terminar en breves momentos, debo acogerme á la resolución de la cámara (*¡Muy bien! ¡Muy bien! Aplausos en las bancas.*)

—Pasa la cámara á cuarto intermedio, á las 6 y 15 p. m.